

El 14o DOMINGO EN TIEMPO ORDINARIO B/2006

Dios tiene un plan de salvación para nuestro mundo. Para realizar este plan él usa a seres humanos como sus mensajeros. Así algunos han recibido la misión y la vocación para ser profetas. El contenido de todas las lecturas de hoy es sobre aquella misión y las dificultades unidas a ello. La 1a lectura relata la misión dada al profeta Ezekiel. Como la misión es una de las más difíciles, Dios llena a Ezekiel de su espíritu. De hecho, la gente a quien le envían es rebelde y obstinada como sus antepasados. Ellos no son fieles; ellos son difíciles de carácter y obstinados del corazón. Por consiguiente, el profeta no puede esperar una tarea fácil o exitosa; lo que él debería hacer debe realizar sólo su deber. Él no tiene ninguna opción; él debería hablar y descargar su misión sin vacilar. De ahí, la insistencia: “ Si ellos prestan atención o resisten, ellos sabrán que un profeta ha estado entre ellos”. En otras palabras, al profeta no le piden hacer milagros, pronosticar el futuro, o hacer cosas extrañas. Dios lo espera para hacer sólo una cosa, saber transmitir su palabra y ser el canal que usa para comunicar su mensaje a su gente.

Todos aquellos que escuchan al profeta, deberían tomar la posición de enfrentar su mensaje. Como él habla de parte de Dios, aceptando o rechazando su mensaje, los oyentes se deciden para su salvación o su condena. Esto es el mismo mensaje que encontramos en el Evangelio de hoy cuando Jesús es encarado con la incredulidad de la gente de su propia familia. Uno diría que las cosas no se han cambiado desde sus antepasados. ¿Pero por qué es tan difícil para la gente del pueblo de Jesús aceptarlo a él y a su mensaje? La razón principal es su percepción de Dios. De hecho, todos los Judíos devotos fueron convencidos que cuando el Mesías viene, él se parece a Dios omnipotente y poderoso como el que lo envía.

Con tal idea en la mente, había poca posibilidad que la gente de Nazareth pudiera aceptar a Jesús en tanto que él era conocido en el pueblo como “carpintero, el hijo de Maria” y cuyos parientes todavía vivían en el pueblo. ¿Cómo podría ser posible que este fabricante de ventanas y puertas viniera de Dios? Por otra parte, ellos no podían negar el hecho que este hombre joven realizó realmente prodigios y maravillas como “los hombres de Dios” de la antigüedad. Aquí menciona su asombro y escándalo. En otras palabras, había una contradicción entre los principios religiosos que ellos pensaron ser indiscutibles y la enseñanza de Jesús cuyo comportamiento los contradijo.

El error de la gente de Nazareth era creer que Dios no podía usar a seres humanos como Jesús para dirigirse a su gente. Y aún Dios lleva a cabo hechos extraordinarios usando lo que la gente desprecia y considera sin valor. Además, aun sin ser tocados por el mensaje de Jesús, sin embargo los aldeanos de Nazareth no podían cambiar su modo de pensar. Ellos se agarran aún más tercamente a sus propias ideas y rechazan escuchar al que a enviado para salvarlos. Tal error también puede ser repetido en hoy día, en nuestras comunidades. ¿Cuánta gente tiene el problema con el sacramento de confesión por la razón simple que, considerando al sacerdote como un ser humano como ellos, no ven como él podría ser capaz de perdonar sus pecados?

Las lecturas de hoy nos invita a nosotros a algunos puntos de la meditación. El primero es sobre el sentido de historia de la salvación: la historia de salvación es una cuenta larga de dos series de hechos, en la mano, piedades de Dios y gracias hacia su gente y, por otra parte, infidelidad y respuesta negativa de estas ventajas de su gente. De hecho, Dios ha

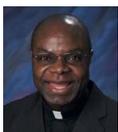
hecho mucho para Israel, pero su gente ha sido muy a menudo infiel a él. Esta reflexión en la historia de salvación es una invitación a cada uno de nosotros para volver a nuestra propia historia. ¿Cuántas bendiciones de Dios hemos recibido en nuestras vidas? ¿Pero con qué frecuencia hemos sido infieles a Dios y no hemos realizado nuestras promesas ante él? Si somos sinceros con nosotros, nos gustaría ser como San Agustín, escribiendo nuestras propias Confesiones y reconociendo las gracias de Dios en nuestras vidas.

El segundo punto de la meditación es sobre el destino de un profeta. Cada persona que vive en verdad participa al destino del profeta. Cada persona bautizada tiene una vocación profética, es decir siendo llamado para anunciar a Jesucristo y su Evangelio a nuestros hermanos y hermanas, cada uno según su vocación y cada uno comenzando con su propia familia y círculo de la vida. A fin de ser capaz de hacer así, hay que escuchar con cuidado a la palabra de Dios, dejarlo penetrar en su corazón y transformarlo. Nadie puede dar a otros lo que él no posee. Por consiguiente, sin ser rico en la palabra de Jesús y ser transformados por ello, lo transmitiremos a otros y los transformaremos.

El tercer punto es sobre el deber del profeta. Ser un profeta es un trabajo duro y áspero, no sólo porque él es un ser humano frágil, sino también porque no hay ninguna garantía que la gente a quien le envían le escuchará. Sin embargo, el profeta debería hacer su trabajo requerido por su maestro, no procurando complacerse. Si él escucha más así mismo que Jesús, él pondrá en peligro su trabajo. Por otra parte, si con todo lo que el ha hecho, el resultado no es bueno, el profeta debería referirse sólo a Dios que le ha dado este trabajo. En otras palabras, la recompensa del profeta no está en el éxito de su apostolado sino pero lo importante es estar con Dios.

De hecho, en estos días, la gente habla mucho de la escasez de sacerdotes, el escándalo sexual por sacerdotes y hasta sobre la disminución de la práctica cristiana, etc. Para remediar tal situación, algunos proponen el matrimonio de sacerdotes o la ordenación de mujeres o parejas casadas. Algunos otros acusan la enseñanza de la Iglesia que como es a cerca de la cultura moderna, etc. Pero mi pregunta es este: ¿quién puede enseñar mejor que Jesús? ¿Quién puede hacer mejor su trabajo que Jesús? Y aún antes de su propia familia, Jesús dejó de convertirlos. La impotencia de Jesús en la cara de la incredulidad de sus compatriotas manifiesta su respeto infinito de la libertad humana. Dios quiere nuestra salvación; pero él nunca nos obligará a creer en él. Si no hacemos algo para nuestra salvación, nada nos salvará. Los milagros pasan sólo a aquellos que abren su corazón a Dios.

Finalmente, esta declaración permite que yo hable de la importancia de la espiritualidad de fracaso. ¿Como el éxito de nuestro apostolado no es garantizado, nosotros no deberíamos ser desalentados? Debemos comenzar otra vez; debemos confiar en Dios. Como San Pablo dice: “Te basta mi gracia, porque mi poder se manifiesta en la debilidad”. No hay ninguna vergüenza para reconocer nuestros límites y comenzar otra vez. Que Dios los bendiga a todos de nosotros y nos ayude a confiar en él en cada cosa que hacemos.



Fecha de Sermón: Julia 9, 2006
© 2006 – Padre Felicien Ilunga Mbala
Contacto: www.mbala.org
Nombre de Archivo: 20060709homilia.pdf